



MacroAnálisis

Editorial

Nuestro reto económico más importante no está en convencer al mundo de que somos un destino atractivo para invertir. Los capitales internacionales reconocen el potencial de nuestro mercado, la posición estratégica del país y la vitalidad de nuestros trabajadores. El verdadero desafío está en consolidar confianza a través de instituciones que garanticen reglas del juego claras, estables y previsibles.

La pregunta que todo inversionista formula antes de arriesgar su capital es ¿podemos confiar en que las condiciones que hoy hacen atractiva esta inversión seguirán vigentes mañana? La respuesta no solo definirá el volumen de capital que ingrese al país, también el dinamismo de la economía mexicana, la calidad de los empleos y las oportunidades de bienestar para las siguientes generaciones.

Recordemos, ninguna estrategia de desarrollo económico sostenible puede prescindir de ella. Consolidar la confianza abra la posibilidad de construir un horizonte de crecimiento sostenido, capaz de transformar estadísticas en realidades palpables: salarios dignos, innovación empresarial y movilidad social. México ya demostró que puede atraer la mirada del mundo. Ahora debe demostrar que puede conservarla. La inversión es un voto de confianza; las instituciones, la garantía de que ese voto se mantenga a favor de nuestro país.

En este número

❖ Editorial

❖ ¿De qué depende la inversión productiva?

¿De qué depende la inversión productiva?

México posee lo que los manuales de economía consideran atractivo para la inversión: una ubicación geográfica privilegiada, acceso preferencial al mayor mercado del mundo a través del T-MEC, una fuerza laboral cada vez más especializada, una extensa red de tratados comerciales y es atractivo para la reconfiguración de las cadenas globales de suministro. Pocos países reúnen tantas condiciones para convertirse en uno de los principales destinos de la inversión.

Sin embargo, mientras el mundo observaba a México como uno de los grandes beneficiarios de la nueva geografía económica internacional, la inversión privada comenzó a perder dinamismo y la confianza empresarial inició una trayectoria descendente que no logró revertirse tras el lanzamiento del Plan México en enero de 2025.

Vicente Gutiérrez Camposeco
Presidente

Pedro Tello Villagrán
Editor

Cámara de Comercio
de la
Ciudad de México

151
Aniversario

Paseo de la Reforma 42, Colonia
Centro, Alcaldía Cuauhtémoc,
C.P. 06040, Ciudad de México
Teléfono: 55 3685 2269
<https://ccmexico.com.mx>



Los indicadores más recientes del INEGI muestran que el Indicador Global de Opinión Empresarial de Confianza acumula 16 meses consecutivos por debajo del umbral de los 50 puntos y que uno de sus componentes más rezagados continúa siendo el relativo al momento adecuado para invertir.

La explicación de este fenómeno va más allá de las cifras coyunturales. La inversión no es simplemente una decisión financiera; es, fundamentalmente, un ejercicio de confianza. Ninguna empresa decide construir una planta industrial, desarrollar un parque logístico o instalar un centro tecnológico pensando únicamente en los próximos seis meses. Las inversiones productivas más importantes se realizan con horizontes de diez, veinte o treinta años. Por ello, los inversionistas no solamente preguntan cuánto costará producir en un país o qué tan grande es su mercado. También buscan responder una interrogante mucho más importante: ¿las reglas del juego que existen hoy seguirán vigentes mañana?

*México es de los pocos países
reúnen tantas condiciones
para convertirse en uno de
los principales destinos de la
inversión.*

Cuando una empresa decide invertir miles de millones de pesos no está comprando el presente, está adquiriendo certidumbre sobre el futuro. De poco sirve ofrecer costos competitivos si existe incertidumbre sobre el marco regulatorio; tampoco resulta suficiente contar con talento altamente calificado si los mecanismos institucionales generan dudas sobre la aplicación de las leyes o el cumplimiento de los contratos.

La confianza, en términos económicos, es un activo intangible extraordinariamente valioso. Tarda décadas en construirse y puede deteriorarse en muy poco tiempo. Su relevancia suele pasar inadvertida porque no aparece en las estadísticas tradicionales del crecimiento económico. Sus efectos, sin embargo, terminan reflejándose en prácticamente todos los indicadores económicos relevantes: inversión, empleo, productividad, crecimiento y salarios.



Un ejemplo sencillo permite comprenderlo mejor. Dos ciudades pueden ofrecer terrenos al mismo precio, la misma disponibilidad de trabajadores especializados y similares incentivos fiscales. Si en una de ellas las reglas cambian constantemente, los permisos se retrasan o existe incertidumbre sobre su aplicación futura, la inversión probablemente elegirá el otro destino. El diferencial no fue el costo de producción sino la confianza.

Lo mismo ocurre entre países. Irlanda, Singapur o Corea del Sur no se transformaron únicamente por ofrecer ventajas competitivas. Su

principal fortaleza ha sido construir instituciones capaces de ofrecer estabilidad y previsibilidad durante décadas. Los inversionistas saben que las políticas públicas pueden modificarse, pero también saben que esos cambios ocurren bajo reglas claras y procesos institucionales relativamente previsibles.

México ha construido importantes ventajas competitivas durante las últimas tres décadas. Pero seamos claros: las ventajas comparativas pueden atraer el interés inicial de los inversionistas, mientras que la confianza institucional es la que termina convirtiendo ese interés en proyectos productivos concretos.

Desde luego el entorno internacional también influye en las decisiones de inversión. Sería incorrecto ignorar factores externos como la moderación del crecimiento estadounidense, la incertidumbre comercial derivada de las políticas arancelarias del presidente Donald Trump o los vaivenes en los petroprecios. Todos ellos han influido sobre las decisiones empresariales en prácticamente todo el mundo.

Al mismo tiempo, tampoco sería adecuado suponer que el contexto internacional explica por sí solo la cautela de los inversionistas. Las propias encuestas empresariales del INEGI muestran un deterioro persistente en las percepciones sobre el momento adecuado para invertir, particularmente en sectores estratégicos como las manufacturas, donde dicho componente acumula más de una década por debajo del umbral de optimismo empresarial.

El lanzamiento del Plan México buscó precisamente enviar una señal positiva al sector privado mediante la definición de objetivos sectoriales, metas de inversión y estrategias de desarrollo productivo. Su planteamiento reconoce adecuadamente la importancia de incrementar el contenido nacional de las exportaciones, fortalecer las cadenas productivas e impulsar sectores estratégicos.

Su principal limitación parece encontrarse fuera del propio diseño económico del programa. Las estrategias de promoción de la inversión pueden resultar insuficientes cuando no logran acompañarse de un fortalecimiento igualmente convincente de la certidumbre institucional. Los inversionistas evalúan simultáneamente ambos componentes. Un plan económico puede ser técnicamente sólido y, aun así, no alcanzar plenamente



*las ventajas comparativas
pueden atraer el interés
inicial de los inversionistas,
mientras que la confianza
institucional es la que
termina convirtiendo ese
interés en proyectos
productivos concretos*



sus objetivos si las expectativas empresariales continúan reflejando cautela respecto del entorno de largo plazo.



La economía ofrece una enseñanza particularmente útil al respecto: la inversión no responde únicamente a incentivos; también responde a expectativas. Esa combinación entre racionalidad económica y confianza es lo que impulsa a asumir riesgos productivos. Cuando las expectativas se deterioran, las empresas no necesariamente cancelan sus proyectos de inversión; muchas veces simplemente los posponen. Y una inversión pospuesta significa empleos que tardan más tiempo en crearse, menores incrementos de productividad y menores oportunidades de crecimiento para millones de personas.

*La pregunta fundamental
es si el país logrará
convertir esas ventajas
potenciales en proyectos
de inversión sostenidos
durante las próximas
décadas*

Las consecuencias trascienden el ámbito empresarial. Una menor inversión implica menos capacidad productiva futura, menor innovación tecnológica y un crecimiento económico más modesto. Sus efectos terminan manifestándose en variables tan cotidianas como las oportunidades laborales de los jóvenes, el ritmo al que crecen los salarios reales o la disponibilidad de recursos públicos provenientes de una economía más dinámica.

El ciudadano común difícilmente revisa cada mes los indicadores de confianza empresarial del INEGI, pero sí percibe sus consecuencias cuando las oportunidades de empleo disminuyen, cuando las empresas retrasan sus proyectos de expansión o cuando el crecimiento económico resulta insuficiente para satisfacer las necesidades de una sociedad cada vez más demandante.

La discusión sobre la confianza tampoco debería interpretarse como una invitación a la inmovilidad regulatoria. Las leyes pueden y deben modificarse cuando así lo exige el interés público. Lo verdaderamente relevante es que esos cambios sean transparentes, previsibles y capaces de generar certeza sobre su permanencia y aplicación. Los inversionistas no exigen necesariamente reglas inmutables; exigen reglas claras.



México continúa conservando ventajas económicas extraordinariamente relevantes. Su posición geográfica no ha cambiado. El mercado norteamericano seguirá demandando productos mexicanos y la oportunidad derivada de la reorganización industrial global permanece vigente. La pregunta fundamental es si el país logrará convertir esas ventajas potenciales en proyectos de inversión sostenidos durante las próximas décadas.